

El cáliz y la espada

Riane Eisler

Cuatro Vientos Editorial, Santiago de Chile, 2000

por Mariano Gutiérrez

Con el nuevo auge de las teorías sistémicas en las ciencias sociales y con la discusión abierta en la epistemología por Ilia Prygogine desde los años 80 –redefiniendo las capacidades y tendencias de los sistemas físicos–, no podía pasar demasiado tiempo en que estas ideas y propuestas se comunicaran y debieran confrontar, en un capítulo más de la tensa –pero siempre presente– relación de implicancia mutua entre los paradigmas de las ciencias sociales y los de las ciencias duras (ya no tan “duras”), de la que, por ejemplo, la *caología* social es fruto.

Tal vez, como parte de este nuevo movimiento, se pueda leer a Riane Eisler como un intento de síntesis de estas nuevas construcciones en el ámbito de la antropología histórica y a partir de la cuestión (¿feminista?) del dominio de género. Se atreve a teorizar sobre todo esto a partir de una visión sistémica y dialéctica de la historia.

EL CALIZ Y LA ESPADA

NUESTRA HISTORIA, NUESTRO FUTURO



Prólogo de Humberto Maturana

RIANE EISLER

CUATRO VIENTOS  EDITORIAL

El cáliz y la espada es un desafío ambicioso: analiza la historia y la prehistoria mundial desde una perspectiva cultural dialéctica, como una lucha de dos grandes corrientes culturales antagónicas.

El primer tipo de cultura y organización social que identifica como productiva y creativa, sería la verdadera protagonista del cambio de la prehistoria a la historia (la escritura, las ciudades, el comercio), deriva y se construye en una organización social igualitaria entre los sexos y las clases, que no se estructura ni jerarquías ni diferencias entre uno y otro sexo. Se organiza de forma “solidaria” o colaboradora. No se trataría de una utopía, sino de una organización social real que tuvo lugar históricamente en casi todas las sociedades sedentarias del neolítico. Cuestiona y niega la relación entre sedentarismo, ciudad y explotación que es parte del saber común de la antropología desde que Engels publi-

cara *El origen de la Familia, La Propiedad y el Estado*.

La segunda tipología cultural, propia de las hordas nómades conquistadoras (que se termina de imponer en tres oleadas de conquista históricamente diferenciables, sobre los pueblos sedentarios) es bélica, se organiza a través del dominio por la fuerza, y el hombre guerrero suele tener el dominio jerárquico sobre la mujer y sobre otros hombres considerados inferiores (los débiles, los enfermos, los esclavos). En esta organización cultural, la fuerza es un valor que da derechos y legitima el dominio.

En cada una de estas corrientes culturales, existen representaciones comunes de la divinidad: la primera se caracteriza por las formas de una divinidad femenina que representa la creación y la nutrición; la segunda, androcrática por una divinidad masculina, belicosa, autoritaria y terrible, que representa la autoridad de la fuerza. En cada una de ellas se pueden identificar rasgos culturales, producciones, una ética y una política (macro y micro) que se pueden diferenciar y que mantienen ciertos rasgos que permiten rastrearlas como dos corrientes separadas que persisten en permanente lucha a través de la historia.

Eisler trata de evitar una simplificación del tipo hombre=violencia, mujeres=paz. Sin embargo, su tesis sí adjudica una relación causal bilateral entre la tendencia a la paz y la igualdad y las sociedades con gran participación de las mujeres y con una mística en torno de una figura femenina matrística; y, por el otro, lado las organizaciones violentas y jerárquicas y el dominio masculino.

A partir del punto de partida de su clasificación intenta construir una "teoría de la transformación cultural": Los pueblos del neolítico, aún después de la agricultura y aún después de la invención de la escritura, se caracterizaban por una sociedad principal-

mente colaboradora entre los sexos, no jerárquica y no guerrera (sigue en esto principalmente a Marija Gimbutas, contradiciendo a Simone de Beauvoir, que a partir de Engels traza su propia teoría del feminismo). Estas sociedades se caracterizaban por el culto a La Diosa. El gobierno era entendido como responsabilidad de cuidar al pueblo y no como dominio de él. En este tipo de culturas neolíticas como Creta o la recientemente descubierta Catal-Hayuk existía un alto nivel de progreso, y contrario a lo que se suele sostener, un alto desarrollo del pensamiento racional (como demuestra, por ejemplo, su arquitectura). Estas sociedades se caracterizaban por una relativa libertad sexual y por la igualdad en los roles y posición social de cada sexo. Como no se pueden reducir a lo que se entiende comúnmente como una sociedad matriarcal o matrilineal (su característica no es la superioridad de la mujer, sino la igualdad entre ambos sexos y lo que representan), Eisler debe inventar el término "gilánicas", para sintetizar lo femenino (*Gyne*), lo masculino (*An*, por *Andro*), y la vinculación de ambos (la letra *L*, por *Leyn*).

En tres oleadas distintas entre el 4200 y el 3800 A.C. pueblos nómades conquistadores indoeuropeos kurgos y semitas atacaron y conquistaron muchas de estas ciudades, imponiendo su cultura bélica. Ésta se caracterizaba por la esclavitud y en general por una organización vertical de dominio de unos sobre otros. Particularmente se caracterizaba por una valorización del dominio de la fuerza y la violencia, y, por lo tanto, por el desprecio de lo físicamente débil y de lo femenino. Por eso llama a estas culturas "androcráticas" (término que no puede ser reducido a patriarcal). En cada invasión los valores de los conquistadores se imponían o bien se infiltraban en la cultura original. Una de estas estrategias que Eisler desarrolla es cómo las nuevas castas dominantes imponían sus valores re-

adaptando las formas mitológicas de la vieja cultura: en la Grecia antigua con el cambio que sufrió la figura de Atenea, en Mesopotamia con el cambio en la representación de Ishtar. En otros casos se intenta reemplazar las viejas formas culturales por la fuerza, como los hebreos a través de la Biblia. En este período se escriben los mitos sagrados en los que un Dios masculino y guerrero da muerte a alguna Diosa anterior o a alguna representación del poder femenino. En el caso de los hebreos que conquistan Canaan, y luego otras tierras, un Dios violento y vengativo desprecia y castiga a lo femenino e impone su sumisión. Según Eisler la serpiente era una de las viejas imágenes recurrentemente asociadas a La Diosa en tanto era la representación del cambio cíclico; y Eva misma representaba lo gilánico en la sociedad. Y por ello mismo es expulsada del paraíso. Se transforman los mitos de todas las viejas culturas gilánicas. Los viejos dioses y mitos griegos son reemplazados por unos nuevos claramente belicosos, dominados por un Dios masculino caprichoso y violento, que suele someter y abusar de las figuras mitológicas femeninas. Mediante esta transformación cultural se comienza a imponer la veneración de los valores bélicos: la fuerza, el heroísmo, la victoria. El dominio de otros se transforma en un valor. La mujer es gradual o abruptamente sometida y reducida a una propiedad de los hombres dominantes.

A partir de entonces, según Eisler, todas las sociedades terminan por ser “androcráticas”, organizadas verticalmente alrededor del valor de la violencia. Sin embargo, latente bajo el poder dominante resisten formas culturales y valores gilánicos de horizontalidad, paz y armonía. Los valores androcráticos o gilánicos y sus representaciones culturales se van reproduciendo y transformando de una generación a otra. Siempre según la autora, todas las formas míticas gilánicas tie-

nen un origen común, representado principalmente por un culto a La Diosa que reaparece bajo distintas formas (por ejemplo, La Virgen en la cosmología cristiana), representando valores de “poder por afiliación” y no “por dominio”. Periódicamente se produce el resurgimiento movimientos que rescatan los valores y representaciones gilánicos y que cuestionan e intentan transformar los valores de violencia androcráticos dominantes. Estos movimientos suelen estar acompañados de una revalorización de lo que en la sociedad androcrática se clasifica como “femenino” (en términos positivos: la paz, la armonía, el entendimiento). Por ello producen y son producidos por movimientos de igualdad sexual o de ascenso en la posición social de la mujer. Como ejemplos de estos movimientos gilánicos menciona al cristianismo primitivo, el renacimiento, la primera ilustración y la contracultura hippie.

Desde una óptima sistémica crítica, advierte que cada vez que cobran fuerza estos movimientos de cambio, se genera una reacción del sistema de dominio androcrático que refuerza sus valores de violencia y orden vertical. Los gobiernos totalitarios y autoritarios del siglo XX, caracterizados por el liderazgo político de una fuerte figura masculina dominante que ocupa el rol de superior-padre, son la nueva versión extrema del sistema androcrático y surgen como respuestas a los cambios igualitarios que se gestan en corrientes subterráneas y se expresan en reclamos políticos.

Se puede advertir que su metodología padece de algo de etnocentrismo. Su seguimiento de las transformaciones culturales, de los cultos a La Diosa, de las invasiones, de las transformaciones en la mitología, y de la relación entre géneros y organización social siempre se hace con respecto a las sociedades del Medio Oriente y Europa en la antigüedad (ocasionalmente africanas) y simplemente Euro-

peas o Norteamericana en el mundo moderno. A pesar de formular una propuesta de análisis histórico universal, nos deja con la intriga de conocer si estas relaciones presuntamente necesarias se repiten en todos otros desarrollos culturales (Oceanía, Oriente, la América Precolombina). O en todo caso, una vez lanzada la provocación deja a otros esa tarea.

Al finalizar su exposición, Eisler intenta una arriesgada jugada epistemológica tratando de integrar a su estudio dialéctico de las transformaciones culturales los nuevos desarrollos de la "caología" social sobre el cambio. Analiza a las sociedades como *sistemas*, en este caso sistemas *androcráticos*. Estos sistemas soportan distintas oleadas de revoluciones y reformas gilánicas que alteran su estabilidad, y esto genera una reacción, en general de acentuación de los valores androcráticos de dominio. La cultura gilánica ope-

ra como un atractor que introduce elementos de inestabilidad en el sistema. Siguiendo a Prigogine entiende que la inestabilidad del sistema puede dar lugar a una repentina transformación general total, y así eventualmente comience una nueva constitución gilánica de la sociedad.

Según Eisler, hay numerosas señales de que el sistema androcrático está entrando en caos: desigualdad creciente, desastre ecológico, inestabilidad política, explosión demográfica. Esta inestabilidad es de tal magnitud que puede anticipar un cambio radical gilánico (porque ha de ser *gilánico* el nuevo sistema que se avecina, no deja de ser en Eisler una esperanza no del todo justificada), pero no sin antes atravesar una etapa de fuerte reacción androcrática, marcada por mayor caos, más autoritarismo y verticalismo, desigualdad y resurgimiento de la cultura bélica.